

# La claridad de Padua, San Antonio y Giotto



Por Juan Carlos Del Valle \* Fotos: Cortesía Comune di Padova – Assessorato al Musci, Politiche Culturali e Spettacolo

**M**ientras estaba cuidando un grupo de ovejas, el niño Giotto dibujaba una de ellas sobre una piedra plana con una pequeña piedra, cuando Cimabue caminando de Florencia a Vespignano notó la agilidad del niño. Cimabue será su maestro hasta que Dante, en la Divina Comedia diga: "Cimabue se creyó él, el maestro de la pintura: Es Giotto que aclaramos hoy, y la reputación del precedente se extingue." Giotto inspiró, reveló, fascinó a todos los que creen en el Arte, siempre reinventando el maestro desde Vasari, que nos cuenta su historia, hasta Tamayo o Juan Soriano. Quien hubiera podido decir que Yves Klein vio la capilla de Padua y tuvo la revelación; que el Azul registrado de Yves Klein tiene mucho que ver con la revelación en la capilla de Padua (C&G No. 211). Juan Carlos del Valle continúa su tour de Europa con su visita a Padua.

Donatella Lockhart

Vista exterior de la sencilla Capilla Scrovegni, abajo a la izquierda. Scrovegni obsequiando la capilla a los tres Ángeles, abajo al a derecha. Vista general del interior de la Capilla, página opuesta, restaurado en 2002 para regresar al azul de Giotto.





Llegué a Padua por tierra. Roma, Florencia, Ravena y Padua. El día era cristalino, el cielo puro, transparente. Frescor nunca antes sentido. Búsqueda y tranquilidad de haberlo encontrado.

A lo largo del viaje, los colores cálidos propios de Roma se habían transformado hasta la claridad de Padua. Ciudad universitaria, lugar místico. Peregrinos y estudiantes se mezclaban sin atropellarse en la plaza de la Basílica.

Tanta gente no perturbaba la calma. De la nitidez, penetré en la oscuridad del santuario, la Basílica de San Antonio de Padua, uno de los santos más venerados. Misión definida y fervor impresionante. Caminos de sombras, murmullo de oración, incienso penetrante y un techo cobalto al fresco cargado de estrellas, alto, lejano. Monumentos fúnebres, altorrelieves y arquitectura sor-

prendente. Donatello adentro y afuera de la Basílica. Arte y expresión espiritual en cada mirada.

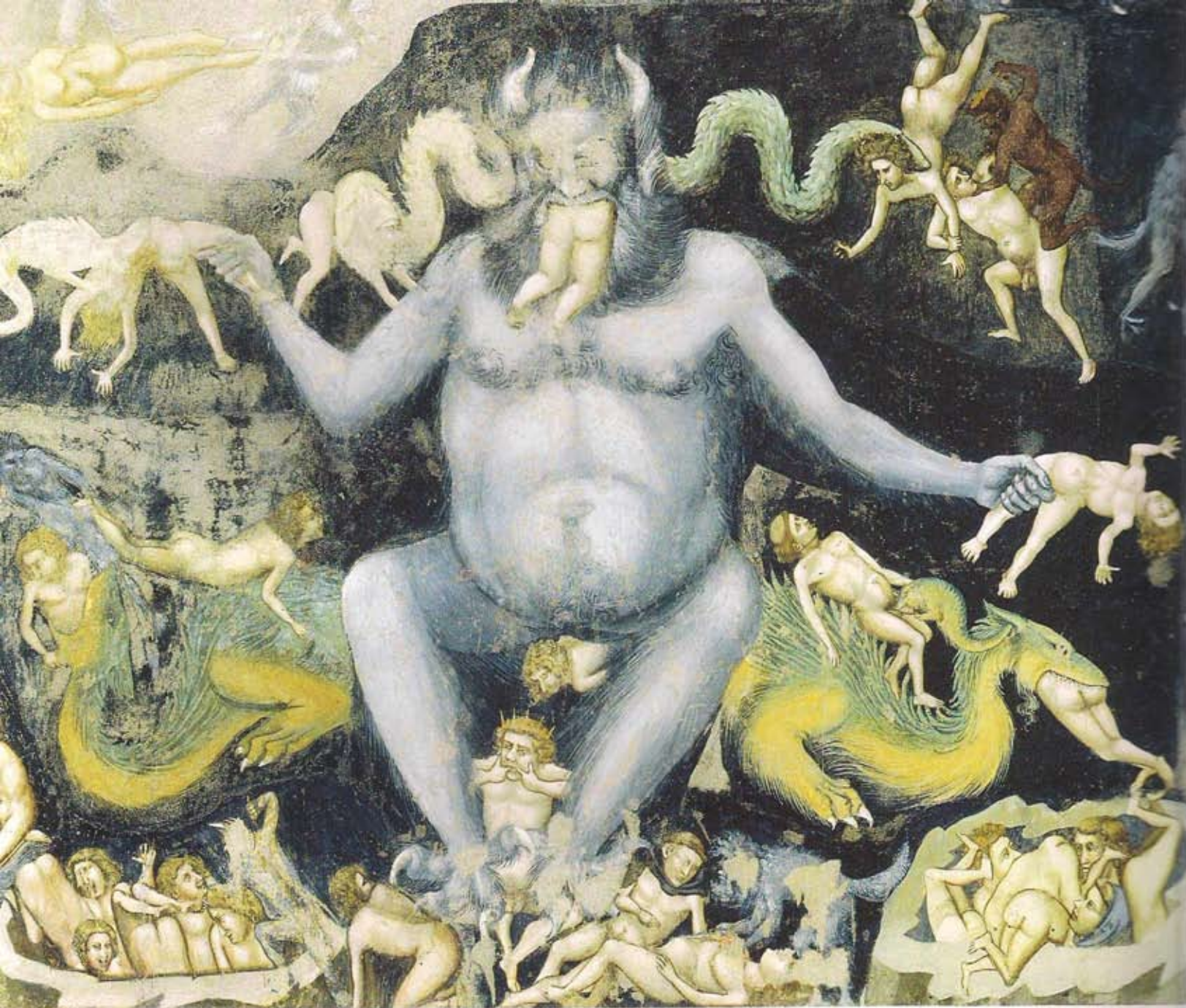
En la Capilla del Tesoro, se apiñaban devotos y curiosos para ver lo insensato, la lengua del santo, último símbolo de la palabra de San Antonio; del milagro. Una lengua disecada, deshidratada, erecta; algunos querían escuchar. Nunca pensé en este encuentro.

En la Capilla de la Tumba, cada fiel tiene su manera de colocar su súplica en la tumba de San Antonio. Papel sobre una vida, un agradecimiento vital. Algunos vienen de muy lejos, otros están acostumbrados. ¿Qué hacen con las suplicas? ¿Dónde las guardan? Montones de papeles, de vidas en riesgo, en crisis, de sorpresas, de momentos intensos, inesperados. ¿Cuántos siglos de súplicas cumplidas, dónde están?



Descendiendo de la cruz con María y María Magdalena acariciando sus pies, arriba. Todo el drama se lee sobre los rostros y en las manos. Mural del juicio final, a la izquierda, con Dios en un arco iris. María embarazada visitando a su madre Ana, abajo. La ternura se refleja en la mirada de las dos protagonistas, mientras que un acompañante se distrae por un lado.





Detalle del infierno, con un diablo muy surrealista.

Sin ruido, impactado, salí de la Basílica. El atardecer había tomado una fineza increíble, todas las gamas cromáticas se reverberaban, violáceos, rosados, verdes, azules, rojos y amarillos en la plaza de la Basílica. En Padua, el acceso a los colores es inmediato, como los de un día purificado por la lluvia cuando los tonos son cristalinos, liberados de toda impureza.

Giotto seguramente presencié momentos como este, cuando realizó los frescos en el interior de la Capilla de los Scrovegni. Su visita es con reservación anticipada. El edificio de ladrillo es pequeño y sencillo, muy sencillo. Simple en su exterior, grandioso y santo en su interior. La puerta se abrió y el azul de Giotto, la belleza pura, me asaltó.

Grandiosa experiencia pictórica, cromática, aún cuando los colores se han ya desvanecido y existen faltantes; así son los frescos. Entre los muros sólidos, estrechos, se revela la humanidad, la extrema fuerza y fragilidad del ser humano. Aquí, el cielo constelado, fulgurante, destellante, pintado en el techo de la capilla es cercano, invasor, protector y revelador de las escenas de Giotto.

El drama humano está en los rostros, manos, actitudes, con una intensidad multiplicada, tensión, pasión, belleza, violencia, calma, vida, muerte, temura, lamento. Giotto pinta la humanidad en directo, poderosa, intensa. Por primera vez, vemos a personas en su ámbito vital. Era vital para Scrovegni regalar la capilla a los tres ángeles, era vital para María compartir su embarazo con su madre. Tanta humanidad provoca vértigo.

Saliendo de este lugar singular contemplé el cielo de Padua, al igual que el de Giotto filtrado de lo superfluo. El viento a la manera del maestro había borrado lo inútil de mi consciencia. La luz hace lo suyo en cada lugar.

\* La Obra de Juan Carlos del Valle se puede ver a partir del 18 de abril hasta el 30 de junio en el MACAY de Mérida Yucatán, y en la Galería Aldama Fine Arts de la ciudad de México: Del 14 de Mayo hasta el 28 de junio. En Lima, Perú en el Museo de Arte del Centro Cultural San Marcos: del 19 de Junio al 2 de Agosto 2008.